rayada en el viaje realizado a Europa, donde se relacionó con grandes celebridades en la materia, en Francia, Inglaterra, Holanda, Italia, Alemania, Suecia y Dinamarca, permaneciendo un año en París (1790-91), donde asimiló las enseñanzas de Jussieu, Chaptal, Fourcroy, Haüy, etc.

Estudia los trabajos científicos de José Bonifacio, sus ideas y sus descripciones, así como sus éxitos. El 15 de abril de 1801 la Universidad de Coimbra creó, para confiársela a él, la cátedra de Metalurgia, siendo ésa sólo una de las muchas deferencias similares que le fueron otorgadas en diversos países.

Esta obra, muy rica en datos biográficos, incluye también una lista de los títulos honoríficos que al sabio brasileño le confirieron instituciones científicas universales.

GASTÓN FIGUEIRA,
Montevideo, Uruguay.

BALDOMERO SANÍN CANO, *Letras colombianas*.—México, Fondo de Cultura Económica, 1944. 213 pp.

La labor de alta cultura que durante medio siglo ha realizado don Baldomero Sanín Cano, no ha tenido todo el eco que fuera de desear en la América española. Desde el siglo xvi Colombia ha permanecido en lamentable aislamiento, lo mismo en relación con las naciones hermanas que respecto a los grandes centros de cultura del mundo. Esta fatalidad geográfica explica, hasta cierto punto, la circunstancia de que el ejemplar esfuerzo cultural del maestro Sanín Cano no haya repercutido en el continente, en la medida en que los que por estos problemas nos preocupamos quisiéramos y la América toda necesita.

Cierto que sus libros son conocidos y admirados por una exigua *élite* enterada; mas la mayor parte de la producción ensayística del gran escritor yace prácticamente desconocida en las colecciones de *El Tiempo*, de Bogotá, *La Nación*, de Buenos Aires, y otros muchos periódicos y revistas, principalmente colombianos. Urge, pues, recoger en volumen siquiera lo más granado de esa magnífica cosecha.

Sin premura, mas sin pausa tampoco, Sanín Cano nos ha dado a lo largo de cinco décadas la más noble lección de preocupación intelectual, de pulcritud estilística, y de probidad literaria de que puede enorgullecerse la cultura hispanoamericana en lo que va de siglo. Su actividad de

escritor representa la más honda y variada ejecutoria que en el árido campo de la crítica existe por nuestras tierras, tanto por la universalidad y riqueza de los temas como por la medida y penetración con que los dilucida. La magistral sencillez y elegancia de su prosa se ajusta perfectamente a la hondura del pensamiento y a la sagacidad con que sabe interpretar el espíritu de los autores y temas tratados.

Formado en la asidua lectura de los clásicos antiguos y españoles —como casi todos sus conterráneos—, don Baldomero se aficionó desde muy joven al estudio de las lenguas europeas, y en francés, italiano, inglés, alemán, portugués y hasta en danés ha leído a los grandes maestros de aquellas literaturas. Si no ando muy trascordado, debe ser uno de los rarísimos intelectuales americanos que leen el danés. Y no obstante, su estilo es uno de los más pulcros y correctos que pudieran encontrarse en América hoy, equidistante del apelmazamiento y huera palabrería de la generación anterior, tanto como del barroquismo y del afán prociosista que caracterizó la retórica de muchos de sus contemporáneos — los modernistas y los que en pos de ellos vinieron. Conociendo a fondo los recursos de nuestro idioma y habiendo abrevado en los extranjeros más quizás que ningún otro escritor hispano actual, don Baldomero ha sabido darnos una prosa que es modelo de concisión y claridad, rica y original como pocas.

Uno de los aspectos que más nos asombran en la ingente labor de este gran americano, es su prodigiosa vitalidad intelectual. A los ochenta y tantos años, el maestro Sanín Cano se mantiene en plena actividad, con una agilidad mental y una fresca imaginativa que ya quisiéramos poseer muchos de los que pudiéramos ser sus hijos y hasta nietos. Su insaciable apetencia cultural, lejos de amenguar se acrece con los años manteniéndolo perpetuamente renovado.

De lo que dicho queda, es prueba fehaciente el libro que provoca estos comentarios. *Letras colombianas* está integrado por una serie de quince lecciones o conferencias dictadas recientemente — no sé con exactitud dónde ni cuándo, pero debió ser durante el año 1943 y probablemente en la Universidad de Bogotá. De hecho, ésta es una excelente síntesis de la historia de la literatura colombiana. Si de algo adolece el libro, es precisamente de exceso de concisión; pero esto es probable que se deba a urgencias del programa y a la premura del tiempo disponible para presentar todo el panorama de la literatura nacional, desde Gonzalo Jiménez de Quesada y Juan de Castellanos hasta Guillermo Valencia y Porfirio Barba Jacob. Sin embargo, la gran capacidad de síntesis de que

el autor da prueba en estas 203 páginas —las restantes son de índices— le permite presentar de manera clara y precisa el proceso evolutivo de aquella literatura. A veces don Baldomero hace pausas más detenidas y entonces el cuadro se vuelve más vivo y provechoso. Huelga decir que estas pausas están siempre proporcionadas a la importancia del autor estudiado. Así las siluetas de Rafael Pombo, Jorge Isaacs, Miguel Antonio Caro, Rafael Núñez, Marco Fidel Suárez, Antonio José Restrepo, José Asunción Silva y Guillermo Valencia, resultan síntesis de valor permanente, a pesar de que ninguna de ellas excede de cuatro páginas.

Tras lo antedicho resulta casi pleonástico añadir que en este libro la prosa de Sanín Cano es admirablemente didáctica. Claridad, concisión y sencillez parecen haber sido las tres cualidades normativas que se fijó al escribirlo. Resaltan también —como en toda obra del autor— la tolerancia, la serenidad del juicio y la objetividad absoluta para juzgar a las personas e instituciones, lo mismo en el orden de las ideas políticas y sociales que en lo religioso. Esta virtud es doblemente meritoria, por tratarse de un país y de una literatura en donde estos problemas se han enfocado casi siempre por tiros y troyanos, con gran apasionamiento y hasta con intransigencia, aun por hombres de la talla de un Julio Arboleda, un Miguel Antonio Caro y un Santiago Pérez Triana. Sanín Cano se mantiene olímpicamente sereno, allí donde es muy difícil serlo y donde muy pocos lo han sido ante temas propicios al ofuscamiento y a la subjetivación.

No hay en este libro estrecho espíritu nacionalista ni proclividad ditirámica, como ocurre en tantos manuales análogos. Tampoco se incurrir en la propensión destructiva, ni siquiera tratándose de escritores y movimientos cuya ideología es diametralmente opuesta a la del autor. En cada caso sabe extraer lo que de esencial hay en el autor o en la obra discutidos y con frecuencia destaca lo que en el primero había de valor humano. Cuando censura, lo hace con benevolencia y filosófica comprensión. Por lo demás, a través de todo el libro, el lector encontrará “sana y abundante doctrina”, como decían nuestros abuelos.

Un reparo he de hacer a este utilísimo panorama, aunque bien sé que en este caso, como en el ya apuntado de la excesiva concisión, el defecto se debe más a la escasez de tiempo disponible que a deficiencia del conferenciante. Mas he notado que en la inmensa mayoría de los manuales de historia de las literaturas española e hispanoamericanas se omite el ambiente económico, social y religioso en que el autor y su obra se gestan. Esta tendencia a explicar la obra de arte como si se produje-

ra en el vacío de una campana neumática es, en parte, secuela y herencia del sistema empleado por los humanistas desde fines de la Edad Media. Desde Taine y, sobre todo, desde Marx y Freud, el método se ha renovado y urge superar en nuestros países los procedimientos de interpretación literaria. Ya me doy cuenta de los riesgos y contrariedades que la aplicación de tal sistema lleva consigo y de las susceptibilidades que podría herir; pero al autor y su obra hay que reintegrarlos a la realidad social que les dió vida, para comprenderlos y hacerles debida justicia. Y tratándose de la literatura colombiana, no es posible prescindir de una fuerza normativa tan avasalladora como ha sido en aquel país la influencia económica, social, política y cultural de la Iglesia, por ejemplo. Esta influencia ha sido, sin duda, beneficiosa en ciertos momentos y en ciertos autores y probablemente limitativa y retrogradante en otros. Muchos hombres de letras de gran capacidad fueron condicionados y acaso en parte se frustraron, debido a este influjo retardatario que sobre ellos pesó. Y el lector no colombiano, poco familiarizado con el desarrollo histórico-social-económico de aquel país necesita una franca exposición de estos problemas, para poder ubicar debidamente a los autores tratados y comprender sus limitaciones y hasta sus fracasos, como en el caso de Silva, por ejemplo.

Creo que el libro habría ganado mucho, si don Baldomero nos hubiera dado una más cabal idea del fondo económico-social-religioso; mas esto hubiera requerido por lo menos unas 300 ó 400 páginas. El hecho de haber sido concebido este panorama, no como un libro destinado a publicarse fuera de Colombia y dedicado al lector americano, sino como una serie de conferencias circunscritas a la juventud colombiana familiarizada con el ambiente, explica la deficiencia que aquí apunto — además del problema de tiempo ya aludido.

MANUEL PEDRO GONZÁLEZ,
Universidad de California,
Los Angeles.

VIZCONDE DE LASCANO TEGUI, *Muchacho de San Telmo (1895)*.—Con ilustraciones de Alejandro Sirio. Editorial Guillermo Kraft Ltda. Reconquista 319-27. Buenos Aires, MCMXLIV.

Con curiosidad e interés verdaderos abrí este libro, tan bien escrito, impreso e ilustrado, a raíz de su publicación, en fecha ya un tanto re-